



Visita de unos jóvenes extranjeros

Victoria Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 3 de septiembre de 1974

Como Remedios, una chica modista de Sarandós estuvo algo enferma este invierno y como yo la vi muy aprensiva se me ocurrió decirle:

-Mira Remedios, si o teu non e nada, que non o será; cando chegue o vran temos que ir a Pastoriza e levarémoslle unha ofrenda a Virxen.

Y como lo de Remedios no fue nada pues tuvimos que cumplir la promesa e ir en peregrinación para dar las gracias a la milagrosa Virgen de Pastoriza. Fuimos tres, pues también nos acompañó la madre de Remedios. Llegamos hasta el santuario donde oímos misa y donde fuimos testigos de cómo una "ofrecida" penetraba en la iglesia de rodillas, iluminados los ojos por una fe de mil años. Luego, ya a la salida compramos unas sargas de rosquillas morenas a una mujer enlutada. Todo ello, santuario, virgen, rosquillas, peregrinación, me retrajo -ora por la memoria, ora por el escenario, ora por el gusto- a la infancia.

¡Qué lejos nos parecía entonces Pastoriza! Ir hasta allí, y alguna vez lo hice a pie, era como llegar hasta el Finisterre.

Ahora Pastoriza está ya envuelta en los suburbios de la nueva Coruña, entre la refinería y las fábricas... Por suerte el cambio, al enfrentarse con el templo, se ha comportado de forma respetuosa y las reformas últimas han resultado muy acertadas. A la milagrosa Virgen de Pastoriza, a partir del siglo XVII en que le hicieron tales "judiadas", no la han vuelto a tocar. En el mil seiscientos y pico, nuestros antepasados coruñeses agarraron a la imagen ancestral y se les ocurrió la idea de "estirla" porque estaba "sentada" y también le quitaron la cabeza antigua (hace poco aún la tenían en la sacristía) y le pusieron una nueva más "bonita", que es la que tiene ahora.

Volví a nuestra casa de Xanceda pensando en el santuario de Pastoriza y en lo que crece La Coruña y en si crece bien o en si crece mal, y he aquí que a las puertas de la finca nuevamente -como antes en el santuario- tuve que encararme con el fenómeno del cambio. Ahora se materializaba no en fábricas humeantes o en casas de altura desproporcionada para el entorno, sino en cuatro jóvenes que, si los vemos hace quince años, nos hubieran parecido marcianos o seres de otros planetas.

Eran dos chicos y dos chicas. Ellos medían casi dos metros, uno tenía unas melenas y unas barbas que obligaban a pensar en "Jesucristo superstar"; el otro también llevaba melenas, pero no tan largas. Las dos jóvenes eran las criaturas más bellas que yo había visto en mucho tiempo; con sus cabellos dorados y sus ojos azules parecían dos sirenas, recordaban a la Lorelei la famosa sirena del Rin.

Una de las chicas -Nicola- llevaba puesto un sari y la otra -Ela- pantalones vaqueros y una camiseta como los chicos. Las dos iban bastante vestidas, pero



descubrían algo que en épocas antiguas hubiera sido muy extraño lucir: el ombligo. Los cuatro venían en un automóvil con matrícula de Colonia.

Resulta que este año en Alemania una de las grandes compañías turísticas descubrió la existencia de nuestra vieja Galicia, una región que, desde Carlomagno y las grandes peregrinaciones jacobeanas, los alemanes tenían perfectamente olvidada. Al parecer se escribió un artículo muy largo, concienzudo y exacto como todo lo alemán, explicando que Galicia era una tierra encantadora y que aquí llegaban pocos turistas y prácticamente ninguno procedente de la República Federal. Es verdad -reconocían- que aquí hace menos sol que en el Sur, pero como ahora dicen que mucho sol no es bueno, en cambio el paisaje, la comida, las playas desiertas, la belleza de las rías todo ello -insistía la propaganda- constituye un aliciente. Enterada del nuevo interés germano, yo, lejos de alegrarme, me llevé las manos a la cabeza. Somos muchos los que tenemos -alertados por lo que ha sucedido en Cataluña y en Andalucía, y ya no digamos en Mallorca- que si a los turistas les da por venir aquí acaben por destruir nuestra ya amenazada ecología. Ya se están cometiendo desafueros en las proximidades de La Coruña y de Vigo, construyendo horrendos rascacielos sin ton ni son y si esto se pone de moda y vienen los del norte podrá ser -por lo que a los efectos se refiere- como la llegada de los bárbaros en el 400.

Y que no digan que luego nos compensa el dinero: hay un tipo de turismo que no deja nada, estos simpáticos jóvenes pensaban gastar dos mil doscientas pesetas por barba en los diez días que durarían sus vacaciones galaicas, incluyendo naturalmente en esta suma la gasolina.

Así yo me encaraba con el fenómeno del cambio encarnado en las juveniles personas, una de las cuales (Nicola) me venía encomendada por un amigo común.

La juventud de estos chicos es tan diferente de lo que fue la nuestra que nuevamente tengo que recurrir a la comparación con los marcianos. A los 18 años -la edad de las chicas- mientras ellas recorren Europa durmiendo en una tienda de campaña que ora instalan en un camping ora en plena naturaleza como hicieron en Asturias, a mi casi se me antojaba una proeza ir a pie hasta el Santuario de Pastoriza para orar ante la Virgen con su cabeza nueva del siglo XVII, mientras ellas avanzan por el mundo con sus compañeros ligados por esa misteriosa relación que le deja a uno tan perplejo, aún gravitaban sobre nosotros las enseñanzas recibidas en instituciones post conciliares (post Concilio de Trento).

Mientras ellas enseñan el ombligo nosotros recibíamos una toalla para que nos bañáramos cubiertas según era propia de jóvenes piadosas y cristianas...

Del medievo a la Luna. La generación perdida somos nosotros, los nacidos entre 1920 y 1930 que, perteneciendo aún psicológicamente al orden antiguo hemos tenido que presenciar el advenimiento del nuevo.



Ahora estamos como en la tierra de nadie, estamos desorientados. Creo que Saura toca algo este tema en "La Prima Angélica", quizá por eso la película despierta tanta pasión. Aquí en el Ferrol hasta la quisieron quemar.

No era, sin embargo, difícil comunicarse con los jóvenes. A poco que uno profundice encuentra una raíz común que liga a su juventud con la nuestra y la nuestra con la de Quevedo. Esta raíz es la rebeldía pero la nuestra permaneció como una fuerza larvada en el fondo del corazón y como toda fuerza larvada aún es terrible, aún constituye una amenaza. En cambio la rebeldía de ellos se despliega ofensiva, manifestándose no solo en el porte o el atuendo sino también en el desprecio hacia los valores de la sociedad establecida.

Galicia les fascinó, aquí creyeron encontrar una tierra pura, aún no contaminada por el consumo, en cierto modo contracultural puesto que, apartándose de las poblaciones, aún la creían libre de los maleficios "culturales". Les habían recomendado que visitaran determinados puntos de esos que recomiendan las agencias y yo les dije no sin ironía: "Perfecto, allí encontraréis campos de golf, y de tenis, y piscinas y grandes hoteles..." Si les hubiera dicho que encontrarían alacranes y serpientes no hubiera sido mayor su espanto.

Conocí algo acerca de su status familiar que, en pocas palabras era el siguiente. Thomas, el que más recordaba a "Jesucristo superstar", 19 años, acaba de hacerse bachiller (el bachillerato alemán dura 9 años). Hijo único, vive con su madre divorciada, empleada en una casa de seguros y que les ha prestado su coche para estas vacaciones; Ralph, cumplió aquí en Galicia 20 años, bachiller, uno de los cuatro hijos de un oficial del ejército. A pesar del status paterno, Ralph es objetor de conciencia, pacifista, ha rehusado hacer el servicio militar y hará en cambio el "servicio civil" trabajando como sanitario en un hospital, más tarde se hará maestro; Nicola, hija de un abogado colonés, tiene 19 años, estudia en la escuela de Comercio. Ela, 18 años, vive con su madre, que es divorciada, aún estudia el bachillerato. Las dos chicas se conocieron hace un par de años en un camping del sur de Francia y desde entonces son amigas.

Los cuatro manifestaron que entre ellos no existían relaciones de carácter sentimental, eran simplemente buenos amigos que se habían reunido para las vacaciones.

Me mandaron una postal desde la mal llamada costa coruñesa "de la Muerte" y en ella me decían que tanto Mugía, como Finisterre como Carnota... eran algo así como el paraíso terrenal, adoraban las playas desiertas, la gente tan amable, y la infinita variedad del pescado y, las bellezas naturales; a tales encantos se añadía el hecho casi misterioso de que no habían encontrado apenas turismo y ¡ningún otro alemán!